

JOSE MIRANDA GONZALEZ

Nació en Gijón, España, el 22 de julio de 1903. Falleció en Sevilla el 27 de noviembre de 1967.

Catedrático, radicado en México ha consagrado a la historia de nuestro país sus esfuerzos, a los que se deben las siguientes obras: *Notas sobre la introducción de la Mesta en la Nueva España* (1944); *Clavijero en la ilustración mexicana* (1946); *Vitoria y los intereses de la conquista de América* (1946); *La función económica del encomendero. Nueva España (1525-1531)*; *Las ideas y las instituciones políticas mexicanas. Primera parte, 1521-1820* (1952), en colaboración con Wigberto Jiménez Moreno publicó un texto de *Historia de México* (1964); *El método de la ciencia política* (1945); *El tributo indígena en la Nueva España durante el siglo XVI* (1952); *Sátira anónima del siglo XVIII*, en colaboración con Pablo González Casanova (1953); *Métodos y resultados de la política indigenista en México* (1954); *Reformas y tendencias constitucionales recientes de la América Latina* (1957); *El erasmista mexicano Fray Alonso de Cabello* (1958); *En torno a la decadencia de España* (1939).

Fuente: Marianne O. de Bopp, et al. *Ensayos sobre Humboldt*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962. 273 p. ils. (Facultad de Filosofía y Letras. Seminario de Historia de la Filosofía en México). José Miranda, *El "Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España"*. Razón, entidad, trascendencia, p. 32-47.

EL "ENSAYO POLITICO SOBRE EL REINO DE LA NUEVA ESPAÑA"

Durante el siglo XVIII, y principalmente en su segunda mitad, la Nueva España realizó grandes progresos en los órdenes material y espiritual que la hicieron descollar mucho sobre los demás países hispanoamericanos. No es de extrañar, pues, que un ilustre virrey, el conde de Revillagigedo, cuando terminaba su mandato, en 1784, llamara a México "joya preciosa de la Imperial Corona", y afirmara que se hallaba "en el auge mayor de la grandeza".

De tales progresos, los más espectaculares fueron los pertenecientes a la esfera material. Y ¿cómo no habían de serlo si en relativamente corto tiempo la producción de plata pasó

de ocho millones de pesos —evaluación de 1734— a veinticuatro millones —evaluación de 1797? A fines del Siglo de las Luces, no cabía encontrar en el mundo una riqueza metálica parecida: el opulento reino del Perú, antaño competidor de México en cosechas argentíferas, sólo daba anualmente, a la sazón, un producto de seis millones de pesos, como promedio, y el rendimiento anual de las minas de plata europeas era diez veces menor que el de las mexicanas; a lo que parece, la plata que cada año se extraía de las minas novohispanas montaba aproximadamente tanto como la arrancada durante el mismo lapso a todas las demás minas de Europa y América. Tan enorme ascenso de la riqueza minera estimuló mucho a las otras actividades económicas mexicanas, una de las cuales, el comercio, fue además especialmente favorecida por la apertura del libre tráfico mercantil con la Metrópoli, que tuvo lugar entre 1778 y 1789. La recaudación del Real Erario sirve muy bien para dar una idea efectiva del gran avance material realizado por la Nueva España durante la centuria decimioctava: en ochenta años, contados desde 1712, los ingresos de las cajas reales, por todos conceptos, subieron de tres millones de pesos a cerca de veinte millones.

Los adelantos en el orden espiritual fueron más modestos y parsimoniosos, pero calaron quizá más que los materiales. Debiéronse principalmente al influjo del llamado espíritu del siglo y a la acción del despotismo ilustrado, tendencia política por aquél suscitada, que abrazaron los Borbones españoles, y en especial Carlos III. Son muchos los cambios determinados por esos dos factores que cabe registrar en el segundo quincuagenio del XVIII. Las ideas se pusieron a tono con las que comenzaban a imperar en Europa: batíase en retirada la filosofía peripatética ante las continuas arremetidas de la modernidad cristiana, encabezada por Abad, Clavijero, Alegre y Gamarra, y las disciplinas fundadas en las matemáticas y la observación se abrían camino decididamente con los trabajos, o las lecciones, de Alzate, Bartolache, Constanzó, Cervantes, Del Río, Elhuyar, Mociño y algunos otros. Las instituciones culturales, a su vez, se enriquecieron tanto con criaturas de nuevo cuño, que en los dos últimos decenios del siglo ofrecen un panorama por nadie sospechado cincuenta años antes. Al lado de la vetusta universidad y de los no menos vetustos colegios mayores, que inexorablemente declinan, emergerán, lozanos, multitud de retoños brotados al calor del nuevo espíri-

tu: la Academia de Bellas Artes, el Anfiteatro y la Cátedra de Anatomía, el Seminario de Minería, el Jardín Botánico y la Cátedra de Botánica...

Patentiza muy expresivamente tan hondo cambio cultural un acto literario organizado por la universidad de México en honor de su vicepatrono, el virrey Iturrigaray, en 1803. Dice, quien lo relata, que para el convite final se puso un "adorno con varias figuras representando a la religión, la teología, el derecho canónico, el derecho civil, la filosofía peripatética, la filosofía /moderna/, la medicina, la botánica, la historia natural, la geometría, el álgebra, la astronomía, la agricultura, la química, la arquitectura..." Y añade el relator que la "filosofía peripatética se figuró por una vieja calva y arrugada, con tres verrugas negras, y en ellas pelos blancos... encorvada sobre una muleta; ...y su genio decía: Blicury no significa cosa alguna, aludiendo esto no a desprecio, sino a las muchas cuestiones fútiles en que se ocuparon muchos antiguos; la filosofía /moderna/ se figuró por una joven hermosa, galanamente vestida...; y ya que la cortedad del tiempo no permitió que el artífice pudiera imitar la neumática, se le puso también un fuellecito y una lente pequeña; decía su genio: abre los arcanos de la naturaleza".

Pero además de todo eso, una enorme obra, que alentaban y dirigían los gobernantes ilustrados de la Metrópoli y de la Colonia, y cuyo principal objetivo era el conocimiento y la promoción del país, se hallaba en desarrollo y había acumulado ya infinidad de materiales: censos de población, relaciones topográficas, estadísticas e informes sobre producción y comercio, etc., etc., y para colaborar en tan ingente empresa, habían sido enviados por la Corona sobresalientes científicos o técnicos europeos, como los facultativos de minas alemanas Sonnerschmidt, Fucher y Lidner, o los españoles Elhuyar y Del Río, y como los botánicos hispanos Sessé y Cervantes, casi todos los cuales hicieron notables aportaciones a la obra de estudio y fomento en que se les acomodó.

También constituyó parte de esta política ilustrada el descorrimento del tupido y hermético velo con que los preciosos dominios americanos eran ocultados a los extranjeros. Todavía cuando el abate Chappe efectuó su viaje a la California en 1769, para observar el paso de Venus sobre el disco del Sol, la Corona española, no contenta con ponerle al visitante como adjuntos dos oficiales peninsulares, ordenó al virrey que

vigilara muy estrechamente sus andanzas y de ninguna manera permitiese que dicho astrónomo se saliera de su ruta y realizase indagaciones distintas de las que directamente se relacionaran con el fin por él perseguido. El abandono de la vieja postura tendrá lugar algo después, en los postreros años del reinado de Carlos III. De la mutación operada da fe una revista inglesa de 1810. “En los últimos años —dice— ha acontecido una gran revolución en los principios del gobierno español con respecto de sus colonias, y en nada su cambio de política ha sido tan notable como en la proscripción del antiguo sistema de secreto y ocultación de todo lo relacionado con sus colonias americanas... Pero no satisfecha con este aflojamiento de su anterior rigidez, la Corte de Madrid... se ha deslizado hasta el extremo opuesto y parece jactarse de revelar al mundo los secretos que su antigua política había sido más celosa en ocultar. Para explotar las costas y bahías de su dilatado imperio utilizó flotas y organizó expediciones..., y apenas terminados los correspondientes estudios los comunicó al público; y a los exploradores cuyo reconocido objeto fuese el estudio de la geografía no les negó ya el permiso para visitar aquellos dominios.”

A un país así, el más rico, esclarecido y escudriñado de la América hispana, y asequible ya a los extranjeros curiosos, llegaba en marzo de 1803 el hombre quizá mejor dispuesto y pertrechado para estudiarlo y comprenderlo, y desde luego el más indicado para sacar el máximo provecho a la estupenda coyuntura que aquí se le ofrecía; pues ¿quién, sino él, ávido de hallazgos y bien provisto de jugos con que digerirlos, y escrutador y ensamblador excepcional de los fenómenos naturales y sociales, hubiera podido captar tantas realidades y creaciones físicas y humanas, y reducir las innumerables percepciones a orden y generalidad? Por eso tenemos que calificar de venturoso el encuentro de Humboldt y México. De lo que ambos pusieron en esa afortunada conjunción resultaría el *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, ópimo fruto de dos madureces, la del autor y la del país por él estudiado.

El *Ensayo Político* se nos presenta de inmediato como un examen casi general de la vida contemporánea y el pasado de México a la luz de las ideas y los conocimientos modernos.

Por primera vez, una gran región de América es contem-

plada a través de los prismas científicos e históricos labrados por la ilustración. Todo lo que el saber fundado en la observación y la experimentación había ido alumbrando, y todo lo que había ido revelando e insinuando la Historia basada en el estudio integral del hombre, nutrirá e informará el largo inventario de Humboldt sobre la Nueva España. Se juntaban en el genial explorador, por rara coincidencia, el científico y el sociólogo, que tenían un denominador común: el observador empírico, el devoto fanático de la experiencia que con despectivo gesto recibiera la filosofía natural de un Schiller o un Hegel. Y este observador tan bien dotado, que no está sin embargo a la altura de los grandes sabios, filósofos y economistas de la época, los Cuvier, los Kant o los Adam Smith, por ejemplo, realizará una proeza que ninguna de las lumbres del pensamiento y el saber de entonces hubiera sido capaz de llevar a cabo: mostrar un grande y complejo país, en sus principales aspectos, conforme a los dictados de la ciencia contemporánea.

El enciclopedismo dieciochesco del autor permitía obtener a éste, desde múltiples atalayas científicas, una visión a la vez analítica y panorámica de la Nueva España que sorprendería a la Europa de principios del XIX. La configuración de México, su agricultura, sus minas, su comercio, etc., etc., fueron mostrados, en el *Ensayo Político*, de manera clara y precisa, con conceptos y términos modernos, en fórmulas, cuadros y cifras: en grados de longitud y latitud, la situación de comarcas y ciudades; en metros, la altura de montañas y lugares; en grados centígrados, la temperatura ambiente de zonas y localidades; en números, la población, y en unidades de medida y de valor, la producción y el comercio. También fueron descritos y denominados científicamente, en el *Ensayo*, los animales, las plantas y los minerales. Y todo esto aparecía en él ordenado, clasificado y reducido a síntesis que hacían factible la captación unitaria de vastos y complicados conjuntos. De tal manera, el Viejo Mundo pudo enterarse fácilmente de que México era un país con tales o cuales características geográficas y climatológicas, habitado por tantos o cuantos habitantes de una u otra raza, productor de estas o aquellas riquezas en cantidad X o Z, etc., etc.

Ofrecía asimismo el *Ensayo Político* una gran ventana abierta hacia el futuro de la nación mexicana, a saber, los pensamientos y juicios de Humboldt sobre el porvenir del país, en

función de su pasado y su presente. Muchos de ellos conservan hoy un alto valor. Algunos pasan aún, ¡tan lúcidos y acertados nos parecen! Fijémonos, si no, en los dos siguientes fragmentos del *Ensayo* que escogemos como ejemplos, cuán hondo cala Humboldt al poner el dedo en la llaga de algún problema vital y cuán alto se remonta al apuntar el remedio.

Dice uno de los fragmentos: “La falta de sociabilidad que es general en las posesiones españolas, los odios que dividen a las castas más cercanas entre sí, cuyos efectos esparcen la amargura en la vida de los colonos, vienen únicamente de los principios de política que, desde el siglo xvi, han gobernado aquellas regiones. Un gobierno ilustrado en los verdaderos intereses de la humanidad podrá propagar las luces y la instrucción y logrará aumentar el bienestar físico de los colonos, haciendo desaparecer poco a poco la monstruosa desigualdad de derechos y fortunas; pero tendrá que vencer inmensas dificultades cuando quisiera hacer sociables a los habitantes y enseñarlos a considerarse mutuamente como ciudadanos.” “Ojalá llegue esta obra —dice el otro fragmento— a persuadir de una verdad importante a los llamados a velar por la prosperidad pública: que el bienestar de los blancos está íntimamente ligado al de la raza cobriza, y que no puede existir felicidad duradera en las dos Américas hasta que esta raza humillada, pero no envilecida, por una larga opresión llegue a participar de todos los beneficios derivados de los progresos de la civilización y del perfeccionamiento del orden social.”

Al terreno ganado en el campo científico por españoles y mexicanos durante el siglo xviii debe Humboldt no poco del buen éxito alcanzado con su *Ensayo Político*. Pues sobre ese terreno pudo asentar sólidamente la parte más novedosa y sensacional de dicha obra: la que mostraba con cifras exactas y perfiles netos la estampa moderna de México. Humboldt apenas realiza investigación o descubrimiento propiamente dichos, recoge y ordena y estudia e interpreta con las nuevas luces lo investigado o descubierto por otros, el saber acumulado a lo largo del siglo xviii por obra de la actividad científica que la Ilustración incitó, y las noticias y los datos que con fines administrativos arrancó a la realidad mexicana la política reformista y promotora del despotismo ilustrado. Los dos arsenales —el de los conocimientos de estudiosos y el de las noticias y datos oficiales— proveyeron abundantemente a Alejandro. Su introducción geográfica y sus capítulos sobre topogra-

fía y cartografía tienen principalmente como base las labores del Depósito Hidrográfico de Madrid y de la Oficina de Longitudes de la misma capital, y los trabajos de Constanzó, Mascará, Alzate, Velázquez Urrutia, García Conde, Pagaza, Oteiza, Ferrer, Orbegozo, etc.; sus estudios sobre mineralogía y explotación de las minas se apoyan en la información escrita u oral que le proporcionan el Tribunal de Minas, Elhuyar, Del Río, Sonneschmidt, Valencia, Cepeda, Garcés, etc.; sus disquisiciones sobre antigüedades indígenas y la historia colonial se inspiran continuamente en Clavijero, Lorenzana, y Boturini. Pero hay un campo donde la deuda de Humboldt con la Ilustración hispanomexicana se agiganta: en el de la estadística. Parte considerable del *Ensayo Político* está consagrada al estudio numérico de la población, la economía, el comercio, etc., y hubiera sido pobre y carente de interés si no hubiese tenido como cimiento el enorme acervo de datos numéricos reunidos durante el siglo XVIII por la administración virreinal, algunas instituciones públicas y unos cuantos particulares. Humboldt pudo aplicar sus conocimientos estadísticos a las relaciones henchidas de cifras que contenían los padrones de población, las matrículas de tributos y los registros de todo orden llevados por funcionarios, como los oficiales de la Real Hacienda y los administradores de la Casa de la Moneda, o por corporaciones, como el Tribunal de Minería y los Consulados de México y Veracruz; y también pudo Humboldt realizar amplia labor de saca numérica en las obras impresas o manuscritas de Villaseñor (sobre la Nueva España, en general), de Fonseca y Urrutia (sobre la hacienda colonial), de Navarro y Noriega (sobre la población del reino)...

La Nueva España proporcionaba, pues, al explorador prusiano los materiales indispensables para su ambiciosa obra. Mas también le brindaba colaboradores y ayudantes idóneos. Cabe considerar como verdaderos colaboradores de Humboldt a algunos de los individuos citados antes, como Del Río, Abad y Queipo, Elhuyar, Valencia, Sonneschmidt...; y cabe considerarlos así porque el mismo Alejandro dice que no sólo le suministraron datos sino que le iluminaron con su consejo. Los que le prestaron ayuda de diferentes maneras fueron muchos; sus nombres y aportaciones nos son referidos en el *Ensayo*. Pero también otras fuentes nos informan de importantes concursos. Gracias a ellas sabemos, por ejemplo, que Humboldt hizo los dibujos, análisis, ensayos, clasificaciones, cálculos y

demás trabajos de gabinete, correspondientes a las observaciones y datos recogidos en sus viajes, con el auxilio de los profesores y alumnos del Seminario de Minería, y que en el cálculo de la superficie de la Nueva España contó con la valiosa asistencia de Juan José de Oteiza.

Esta aportación hispanomexicana a la obra de Humboldt dio a algunos pie para rebajar la objetividad del *Ensayo*. La *British Revue*, al reseñar en 1811 los *Exploratory Travels* del norteamericano Pike, afirmaba que las observaciones de este viajero acerca de las partes de México por donde pasó eran de mayor autenticidad que las indicaciones de Humboldt, quien parecía haber sido descarriado deliberadamente por sus informantes hispanos.

Pocas obras fueron tan leídas y aprovechadas, a principios del siglo XIX, como la de Humboldt sobre la Nueva España. Dentro de las décadas segunda y tercera de esa centuria, aparecieron nada menos que nueve ediciones de ella en las principales lenguas de Europa (cuatro en inglés, dos en francés, dos en español y una en alemán), lo cual es un récord para la época, sobre todo si se tiene en cuenta lo costosa que era una obra de varios volúmenes con mapas y planos. Por esta razón, y también porque las partes del *Ensayo* que más interesaron fueron las referentes a población y producción, repletas de datos estadísticos, se hicieron de él numerosas versiones resumidas o extractadas, que circularon mucho más que las completas: en lengua inglesa se publicaron tres, dos en la española y una en la francesa; y eso sin contar las que vieron la luz, de manera más o menos disfrazada, en las revistas de aquellos tiempos. Por otra parte, los mapas y datos del *Ensayo Político* fueron utilizados en sumo grado por los geógrafos, viajeros y escritores que publicaron obras acerca de México entre 1810 y 1830. No todos ellos reconocen el alcance del préstamo, pero basta repasar, por ejemplo, las *Notas sobre México*, de Poinsett; las *Bellezas de la Historia de México*, de Dillon; el *México y Guatemala*, de Duncan y otros; la *Descripción popular de México*, de Conder, y *México en 1827*, de Ward, para percatarse de la enorme extensión que tuvo la deuda en la mayoría de aquellos autores. Cargado de razón se hallaba, por lo tanto, el editor de la segunda edición francesa del *Ensayo* al afirmar que, desde la primera aparición de éste, no se había cesado de reimprimirlo, traducirlo, extractarlo, copiarlo, o de tomar los mapas geográficos que en-

cerraba. Pues el *Ensayo Político* fue, verdaderamente, bosque comunal en que todos cortaron leña.

Tan grande difusión y aprovechamiento son claras muestras del fuerte impacto que produjo en el público culto y en los hombres de ciencia. Ante sus asombrados ojos surgía de repente la estructura y la fisonomía modernas de una importantísima comarca del globo que, para ellos, permaneciera entre las tinieblas hasta entonces; México les era, como se dijo después, con palabras que han hecho fortuna, “redescubierto”. Y así fue, efectivamente, por la razón antes insinuada: porque Humboldt proporcionaba a los hombres ilustrados de Europa y América el conocimiento de México que la época reclamaba. Reconocía esto, pongo por caso, la *Gaceta Nacional de Filadelfia* en su número de 2 de febrero de 1825. “El ilustre barón de Humboldt —declárase ahí— reveló los tesoros de este precioso país, desconocido casi en el período en que la semilla revolucionaria empezaba a brotar, y se puede decir con seguridad que México en la época presente es mejor conocido y más accesible que muchas de las naciones continentales de Europa.” Catorce años antes ya había expresado lo mismo el insigne Jefferson en una carta a Alejandro. “Su obra sobre México —manifestábale en la epístola— nos suministra, acerca de este país, un conocimiento más cierto que el que a mi entender poseemos acerca de Europa, sede de la ciencia desde hace mil años.” Esta pasmosa revelación de México tuvo también la virtud de desvanecer antiguos prejuicios tocantes a la situación cultural de la América española y de atraer la atención de muchos extranjeros hacia la labor realizada durante el siglo XVIII por los hombres ilustrados de la Nueva España; por cierto que la admiración suscitada por esta obra llevó a algunos norteamericanos, que cotejaron los logros culturales de allá con los de acá, a sacar consecuencias adversas para su país por lo que a adelantos científicos se refiere. De estos efectos se hacía eco una revista norteamericana de 1812. El tópic de la ignorancia de los españoles —leemos en ella— “ha sido tan frecuentemente repetido y tan ampliamente propagado que muchos de nuestros honrados compatriotas creen sinceramente que los hispanos son muy inferiores a ellos. Una indagación moderada demostrará que la Nueva España ha producido muchos observadores respetables y valiosos escritores. Y podemos decir, sin dudar, que la historia natural de las provincias americanas... ha sido es-

tudiada más particularmente que la de los Estados Unidos. Y por lo que toca al espíritu público y al fomento, se han manifestado en la dotación de instituciones culturales y en el estímulo de hombres de ciencia, con una extensión que no tiene paralelo en nuestra sociedad actual". Y para demostrar lo que asevera, el articulista copia los párrafos del *Ensayo Político* referentes a los establecimientos culturales de México, añadiendo que lo hace no sólo con el propósito de corregir algunas de las equivocaciones existentes —las antes referidas—, sino también con el deseo de alentar a las legislaturas, asociaciones, y personas acaudaladas de su país "a que imiten tan nobles ejemplos".

Esta gran trascendencia tendría, por lo tanto, el *Ensayo Político* en el campo del saber o del conocimiento; trascendencia que, a la verdad, se extendería hasta nuestros días, ya que ese estudio, por no haber sido superado, continuó conservando su rango supremo como fuente informativa general para la época inmediatamente anterior a la Independencia.

Pero otras trascendencias de signo más particular tendría la famosa obra de Humboldt.

En primer término, el *Ensayo*, o el conocimiento de México que él ofrecía, contribuyó poderosamente a fijar la actitud o la política de los grandes Estados de Europa respecto de la nación mexicana cuando ésta alcanzó su libertad. Un país tan opulento y que estaba en condiciones de convertirse en potencia importante, ¿no debería ser atraído o cortejado? Si él carecía de medios para la explotación de sus fabulosas riquezas, ¿no convendría ayudarle para lograr así una participación en sus recursos naturales? Inglaterra fue el Estado que más se señaló en el deseo de sacar provecho de la situación económica en que México quedó después de la prolongada guerra de independencia. Fundándose muy especialmente en las magníficas expectativas que según Humboldt ofrecía la nueva nación americana, tendióle sin más la mano, reconociéndola como Estado libre, y puso en seguida a su disposición créditos para el gobierno y capitales para la rehabilitación de sus minas, e inició con ella un intenso tráfico mercantil y marítimo.

El *Ensayo Político* fue ampliamente utilizado como arma de propaganda por las compañías que se formaron para explotar los yacimientos mineros mexicanos, y en particular, por las dos más importantes, o sea, la *Anglo-Mexicana* y la *Mexi-*

cana. Sin quererlo, esa obra y el mismo Humboldt actuaron como cebo para la pesca de accionistas. Constaba a los enterados que las minas mexicanas se hallaban en deplorables condiciones, semidestruidas o inundadas en su mayoría, y que, por lo tanto, su rehabilitación constituía un verdadero juego de azar. Noticias de esto habían llegado a oídos de muchos posibles inversionistas y los mantenían indecisos. Pero los empresarios lograron sacarlos de su indecisión poniendo a Humboldt, con su autoridad de hombre de ciencia y su reconocida probidad, en la balanza. No sólo fueron exhibidos una vez más, mediante un resumen del *Ensayo*, oportunamente editado, los datos de éste, válidos para los años anteriores a la revolución de independencia, sino también opiniones actuales del mismo Humboldt que los empresarios o sus agentes recabaron de él con ese interesado objeto. De todo ello hay pruebas abundantes. El empleo de Alejandro como argumento concluyente descúbrese, por ejemplo, en el prólogo del resumen susodicho, publicado por J. Taylor, donde se dice que “aquellos que por primera vez desean enterarse de cómo andan los negocios mexicanos... les será sumamente satisfactorio saber que los datos ofrecidos en dicho resumen provienen de una persona *cuya autoridad nunca ha sido discutida*” y las opiniones de Humboldt favorables a los propósitos de las empresas mineras inglesas pueden hallarse, entre otras partes, en *El estado actual de las minas mexicanas y las expectativas razonables de los accionistas de la Sociedad Anglo-Mexicana de Minas*, escrito por W. Adams, y en el “Informe de los Directores de la Compañía Mexicana”, que apareció en Londres el año de 1827.

En fin, el caso es que el autor del *Ensayo* no tuvo reparo en respaldar a unos “enganchadores” poco escrupulosos de inversionistas. No cabe duda que lo hizo de buena fe, creyendo sinceramente que prestaba un gran servicio a los capitalistas ingleses y al pueblo mexicano; mas llevado quizás del afán de notoriedad que le era proverbial, se dejó arrastrar demasiado lejos, pues se jactó de haber sido factor determinante de las referidas inversiones. “No hay duda —escribe a su hermano en 1824— que sin mi valor no habría encontrado en Inglaterra el Gobierno mexicano, sólo para las minas, tres millones de libras esterlinas.” Afortunadamente para él, no jugó, ni mucho menos, tan decisivo papel, ya que, en verdad, otra fue la causa primordial de la colocación de capitales ingleses en México. Hemos dicho afortunadamente para él, porque la

catástrofe de las inversiones vino pronto, y Humboldt, que se vio desagradablemente envuelto en la misma, hubiera tenido que cargar con la responsabilidad que entonces se le echó en cara, si la verdadera causa de aquéllas no se hubiese perfilado en seguida.

Y tal causa no fue otra que la saturación de capital que conoció Inglaterra entre los años 1822 y 1825, saturación que aprovecharon los especuladores para constituir empresas de todas clases. Las sociedades por acciones brotaron entonces como hongos después de copiosa lluvia. En su *Historia financiera, monetaria y estadística de Inglaterra*, Thomas Doubleday dice que es imposible describir los múltiples engendros fantásticos que, bajo la forma de compañías de minas, navegación, seguros, construcción, ferrocarriles, colonización, etc., inundaron en esos años el país; durante ellos fueron registradas a nada menos que 352 con un capital nominal suscrito de algo más de 441 millones de libras esterlinas; en ese total estaban incluidas 74 compañías mineras con un capital que pasaba de los 35 millones.

Pero ni siquiera México fue particularmente favorecido por esa avalancha de capitales invertibles; antes al contrario, como puede verse en la "Guía general de Compañías formadas para la explotación de minas extranjeras", publicada en Londres el año de 1825. Todas las compañías mineras mexicanas allí incluidas, que son siete, reúnen un capital suscrito de 3.400,000 libras, mientras que las brasileñas juntan 4.000,000 y las peruano-chilenas 7.800,000; ascendiendo el total de los capitales registrados por las diversas compañías de la América Latina, con excepción de México, a 15,800.000.

Por lo demás, y ello libera a Humboldt de otro reproche, aunque indirecto éste, no fue el *Ensayo Político* el único libro-cebo de que se valieron los empresarios mineros ingleses para atrapar inversionistas; pues esos empresarios utilizaron al efecto cuantas obras parecidas al *Ensayo* tuvieron a su alcance, y entre ellas, por ejemplo: *El Presente estado del Perú, comprendiendo su geografía, topografía, historia natural, minerología, comercio, etc.*, que en idioma inglés apareció en Londres el año de 1805, y que recogía noticias extraídas del *Mercurio Peruano*; la *Historia de Guatemala*, de Domingo Juarros, que en la versión inglesa, publicada en 1823, se tituló, con propósitos bien claros, *Historia estadística y mercantil del Reino de Guatemala, conteniendo detalles importan-*

tes sobre sus producciones, industrias, derechos de aduana, etc., etc.; y Colombia, siendo una relación geográfica, agrícola, comercial, política, etc., de aquel país, adaptada para todo lector en general, y para el comerciante y el colono en particular, obra que también denuncia sus propósitos, y que fue editada en Londres el año de 1822, en lengua española.

Por consiguiente, Humboldt puede descansar con la conciencia tranquila: con su intervención o sin ella, hubiera habido inversiones inglesas en las minas de México; y de no haber existido el *Ensayo Político*, otra obra hubiese sido buscada o preparada para realizar la función de señuelo que interesaba a los empresarios mineros de la Gran Bretaña.

Una segunda y última trascendencia de signo particular atribuible al *Ensayo* es aquella que alcanza a la conciencia nacional mexicana. Los que hayan seguido de cerca, como nosotros, el desarrollo de México en los años inmediatamente anteriores y posteriores a su independencia, se habrán percatado de lo mucho que esa obra, encendido canto a las posibilidades de una Nación, contribuyó a robustecer en los criollos el espíritu de libertad y a agigantar su fe y su optimismo en los destinos patrios. Lograda la independencia, los gobernantes mexicanos fueron los primeros en reconocer ese valioso aporte de Humboldt. Al expresarle su gratitud por tal contribución, don Lucas Alamán, Secretario de Relaciones, le decía en carta del 21 de julio de 1824: las noticias de que abundan sus luminosos escritos sobre América "hacen formar un cabal concepto de lo que podrá ser México bajo una buena y liberal constitución, por tener en su seno los elementos todos de prosperidad, y su lectura no ha contribuido poco a avivar el espíritu de independencia que germinaba en muchos de sus habitantes, y a despertar a otros del letargo en que los tenía una dominación extraña".

A medias quedaría este último punto si no añadiéramos que la fe y el optimismo de los criollos, en su exaltación, dejaron muy atrás los límites de la sensatez, y que de esto se culpó en parte a Humboldt.

La tangible opulencia del siglo XVIII y el coruscante retablo descriptivo-estadístico de la minería labrado por Alejandro en su *Ensayo*, deslumbraron y arrebataron a la mayoría de los mexicanos, haciéndoles perder la cabeza, sin que se librasen de tal desquiciamiento sus principales dirigentes. A raíz de la consumación de la Independencia aparecerán continua-

mente en los escritos públicos frases como éstas: “La América Septentrional, que por su ubicación, riqueza y feracidad denota haber sido criada para dar la ley al mundo todo; nuestro país, con los preceptos que le dará el Congreso, «manifestará toda su fertilidad y preciosidades, constituyéndose en el primero del universo»; Europa parece respetar en México su futura opulencia y el poder inmenso que ha de conducirla al primer rango entre todos los pueblos libres.”

Puede inculparse al *Ensayo Político*, como lo hace don Lucas Alamán al escribir su *Historia*, de haber coadyuvado a la producción de ese delirio colectivo, pues no faltaban ciertamente a la obra de Humboldt activísimos excitantes del ánimo nacional. Pero ¿no había también en el *Ensayo* muchos elementos deprimentes, o por lo menos refrenadores de entusiasmos? Habíalos, y pavorosos eran, mas radicaban en un terreno que los liberales criollos prefirieron olvidar: en el terreno social. Si los conceptos de Alejandro sobre las clases y las castas, algunos de los cuales hemos mostrado antes, hubieran hecho mella en la aristocracia intelectual y política de aquellos días, otro hubiese sido el tono de su espíritu. Que un panorama social inquietante y sombrío como el que trazó Humboldt no podía inducir a pensamientos venturosos ni autorizar halagüeños presagios.